

EL BRACERO



1525

4

03

Por José Piedad Melgoza

D
M
00



1020148747

Cada bracero tiene una historia que contar, por toda la Unión Americana hay braceros, ellos luchan por ser cada día, mejores y su trabajo es fundamental para la vida de los Estados Unidos y la América Latina. José Piedad Melgoza nos narra una de esas interesantes vivencias. El Bracero es un digno escrito que nos permite recordar a cada uno de nosotros, a un familiar, amigo, vecino o conocido bracero y comprender más su importante labor en este nuestro planeta, tierra.

Juan Alanís Tamez.

EL BRACERO

Por: José Piedad Melgoza

Universidad Autónoma de Nuevo León

m



El Bracero es un
 hombre que trabaja
 para el extranjero
 en condiciones
 de explotación
 y su trabajo
 es fundamental para la
 economía de los Estados
 Unidos.
 José Piedad Melgoza nos
 muestra en esta interesante
 novela El Bracero es un
 personaje que nos permite
 conocer a cada uno de
 nosotros, a un familiar, amigo,
 vecino o conocido bracero
 y comprender más su
 situación y cómo es este
 mundo de explotación.

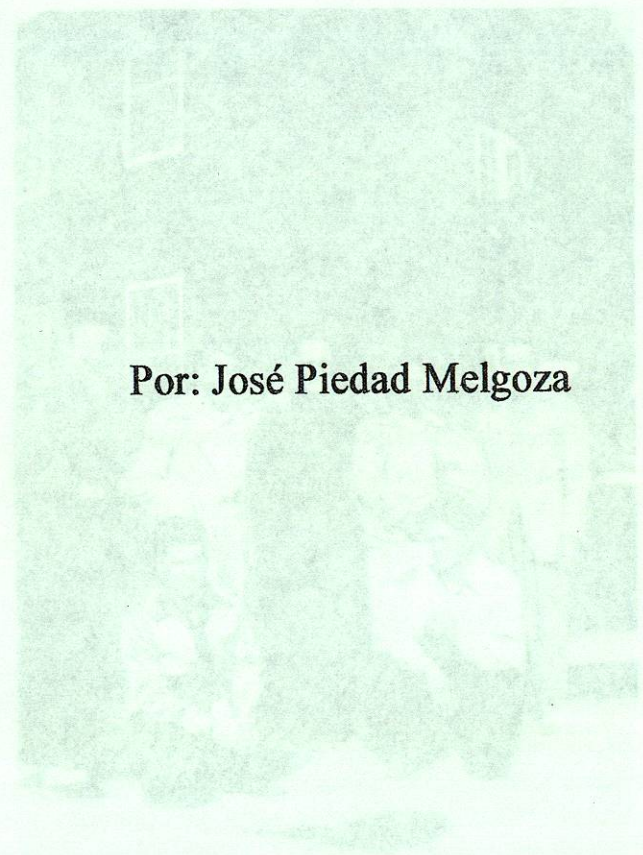
José Piedad Melgoza

Handwritten mark

591357

332104

EL BRACERO



Por: José Piedad Melgoza

Por José Piedad Melgoza

Universidad Autónoma de Nuevo León



FONDO
 UNIVERSITARIO

30-1104-10

HDL525

.M4

2003

972192

EL BRACERO

Por: José Piedad Melgoza



FONDO
UNIVERSITARIO

30-111-04 J.W.

EL BRACERO

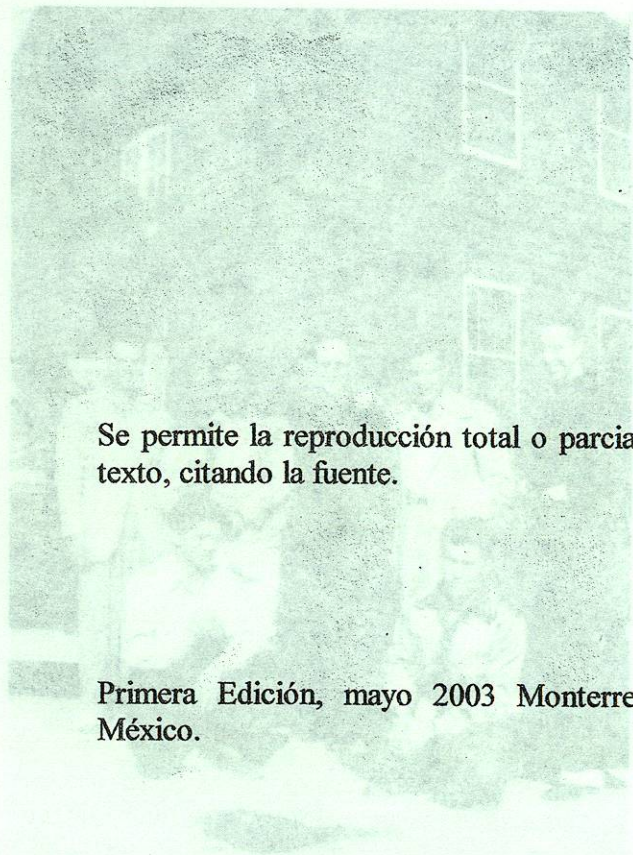


Por José Piedad Melgoza

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

EL BRACERO

Por José Piedad Melgoza



Se permite la reproducción total o parcial de este texto, citando la fuente.

Primera Edición, mayo 2003 Monterrey, N.L., México.

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

Prólogo

Por el M.C. Oscar A. González De León

Al ingresar los Estados Unidos de América, en 1942 a la Segunda Guerra Mundial se vio la necesidad de buscar países que formaran parte de la Alianza, correspondiendo México al llamado y firmando un pacto de amigos, que se concretó el día 20 de abril de 1943, en la ciudad de Monterrey, N.L. entre los presidentes Franklin D. Roosevelt y Manuel Ávila Camacho. En recuerdo a este hecho histórico la ciudad erigió un pequeño monumento de granito y bronce, ubicado actualmente en el interior del Parque Niños Héroes, a escasos metros de la avenida Manuel L. Barragán. El saludo de rigor y los honores a las banderas, lo hicieron los presidentes de Laredo, Texas y de México, D.F. El acto se desarrolló a un lado de la vía de ferrocarril México-Laredo contiguo al Campo Militar. Cuatro fueron los acuerdos principales que surgieron de esta Alianza, tocándole a México cumplir:

- 1.- La vigilancia militar de nuestro territorio (frontera, mares y tierra firme).
- 2.- El suministro en venta del petróleo necesario a los Estados Unidos.
- 3.- Mediante sorteos de bola blanca y negra, organizar la concentración y capacitación militar de nuestros conscriptos.
- 4.- Aportar mediante contratos, la mano de obra para trabajos en los campos agrícolas y vías férreas de los Estados Unidos.

Sobre el autor de este relato, diremos que cuando en 1944, Don José Piedad Melgoza y cientos de braceros mexicanos cruzaban en tren la línea fronteriza, la Segunda Guerra Mundial (1934-1945), estaba en todo su apogeo, en los

frentes de batalla de Europa, Asia, Pacífico y Norte de África, donde los ejércitos aliados formados principalmente por: Norteamericanos, Ingleses, Franceses y Rusos luchaban contra el Eje Alemán-Italiano y Japonés, siendo la contratación de braceros parte del convenio México-Estados Unidos para levantar las cosechas en los campos agrícolas de la Unión Americana, carentes mano de obra inmediata. El relato de Don José Piedad, nos recuerda y nos hace vivir en las películas y corridos mexicanos de este género, los cuales se siguen filmando y grabando con una vena continua que persistirá mientras el dólar siga siendo el rey de la frontera norte. La película "Espaldas mojadas" (1943) reúne a los paisanos de diferentes partes de la república, con los estelares: David Silva (de Mante), Oscar Pulido (de Cuatro Ciénegas), Lalo González "El Piporro" (de Los Herrera, N.L.) y Víctor Parra "El gringo" (capataz y pollero). Esta película es el mensaje de un clásico tema de los sufrimientos del mexicano indocumentado con trabajos mal pagados y explotado por enganchadores del ferrocarril. Asimismo la canción balada de Rubén Méndez. "El canto del bracero" (1953) interpretada por el inolvidable Pedro Infante, se cantó y se sigue cantando como un himno al bracero: *"Cuando yo me fui pa'l norte, / me colé por California;/ yo no tenía cartilla ni pasaporte/ ni amigos, ni palancas en migración, pero me colé con resolución./ Recorrí varios estados de la Unión Americana.*

La ilusión de Don José Piedad, fue la misma que la de miles de mojados, contratados y pasaporteados que buscan mejorar su condición económica de tal manera que les permita un mejor lugar en la economía social, o simplemente te vas al "otro lado" por hambre, quedando

atrás aquel sentimiento lejano de nacionalidad y rencor cuando perdimos entre 1845 y 1848, la Alta California, Nevada, Arizona, Nuevo México, Texas y parte de los territorios de Utah, Colorado y Wyoming.

Vemos a estos paisanos trabajando en: la lechuga, algodón, ciruela, betabel, papa, chabacano y uva, haciéndola también de: carpintero, albañil y chofer. Vivió la carencias y afares con sus compañeros según su condición de mojados, alambristas o desertores siendo deportado y vuelto a contratar, teniendo manera de comer en alguna cafetería, fue aprendiendo a frasear en inglés el menú que pedimos por siempre en el "otro lado": hot cakes, ham and eggs y coffe and donuts. Trató con mayordomos, capataces y patrones buenos y malos como en todas partes. Ya siendo un veterano en los campos de algodón, en Missouri defendió a sus paisanos del trato injusto que recibían masticando el inglés de supervivencia "apersonándose" con el dueño de la compañía algodонера, reconociendo el Mister que los mexicanos estaban en su derecho, según el contrato de trabajo donde para los norteamericanos, la ley es la ley; recibiendo finalmente, el trato justo que se merecían. Vivió en California durante el año de 1945, cuando se termina la Segunda Guerra Mundial, describiendo el regocijo que sintieron y festejaron los norteamericanos por este 1954; los franceses le pasan la estafeta a los Estados Unidos para continuar con la interminable Guerra de Vietnam. José Piedad fue contratado en la ciudad de México en 1943, y posteriormente nos narra las contrataciones que se hacían en Monterrey, N.L., justamente en la Estación de carga del ferrocarril frente al Campo Militar antes mencionados, ampliándose las contrataciones en la Estación del Carmen, el Zacate (Dr. Coss) y Estación Aldama, N.L.

Los que hemos vivido en Monterrey en los últimos cincuenta años, recordamos que todavía a finales de los años cincuenta del siglo pasado, las contrataciones de bracero donde dice José Piedad corresponden a lo que es hoy, la Av. Manuel L. Barragán; el de la vía México-Laredo, llamado ese punto en aquel tiempo "El Empalme". Vecinos de las colonias Regina e Hidalgo, eran parte de aquel mundo de gente que de alguna manera obtuvo algún beneficio económico, vendiendo: café, tortillas, pan, lonches, tacos, comidas, refrescos, aguas frescas, etc., instalando además, fondas y tugurios con la venta de cerveza, vinos y licores con su respectiva radiola y sin faltar las guapas "coloreteadas". Actualmente la espuela que corría a lo largo de la avenida Barragán ya fue levantada y como testigos siguen los muros del Campo Militar y la Estación de carga del ferrocarril. En esta avenida, existe un camellón con palmas datileras sembradas recientemente (1999-2000), destacando hacia el sur de la avenida, al final de la línea de palmas, un viejo árbol de mezquite rodeado a manera de cerco de vigas o tallas de ferrocarril; los vecinos le llaman a este árbol: "El mezquite de los peluqueros", por ser uno sólo de los sobrevivientes donde los peluqueros instalaban su equipo de peluquería al aire libre, con un espejo colgado al tronco, una silla y su cajón viejo con instrumentos. Finalmente, la narración que nos presenta Don José Piedad Melgoza, consideramos que es de los pocos testimonios rescatados de manera fiel por alguien que los vivió, compartiendo con nosotros los tiempos que se fueron, pero que siguen siendo parte de la vida de nuestros pueblos.

ANTECEDENTES

En el año de 1944, en la ciudad de México y en el ese entonces Estadio Nacional, quedaron instaladas las oficinas que para la contratación de braceros mexicanos, establecieron los gobiernos de México y los Estados Unidos de Norteamérica.

Como consecuencia del reclutamiento establecido o decretado por el gobierno norteamericano, con motivo de su ingreso a la acción bélica durante la segunda guerra mundial, faltaron brazos para realizar funciones vitales para la economía de nuestros vecinos del norte, siendo las peor pagadas, lo que obligó a ese gobierno a celebrar un convenio con el gobierno mexicano para que, mediante contratos individuales avalados por representantes de ambos gobiernos, varios miles de trabajadores fueran a los Estados Unidos a realizar labores en las vías férreas y en los campos agrícolas de este país.

Cuando en todo el país se conoció esta noticia, una verdadera avalancha humana, principalmente gente del campo, se volcó sobre la ciudad de México con el propósito de obtener un contrato que les permitiera emigrar hacia el norte y satisfacer sus inmediatas necesidades: algunos con el deseo de conocer otros lugares, pero la inmensa mayoría, con la mira de mejorar su situación económica, y se integraron agrupándose en las inmediaciones del Estadio, provocando la concentración de miles de campesinos, con el consiguiente trastorno para el vecindario aledaño.

Para tener una idea más precisa de lo que llegó a representar este suceso, para la vecindad cercana al Estadio, es necesario conocer la ubicación de este inmueble que servía para la celebración de grandes eventos públicos: hacia el lado sur una cuadra de por medio, estaba la calzada de La Piedad y los grandes llanos de Narvarte; por el oriente, a unas dos cuerdas estaban las instalaciones del Hospital General y hacia el norte y el poniente se extendía la Colonia Roma, que junto con la Colonia del Valle eran en ese tiempo, lugares preferidos de la clase media alta para fijar su residencia.

Ya se puede entonces comprender mejor, cual fue la situación a la que se vieron sometidos los vecinos del Estadio; al ver invadida su vecindad por los miles de campesinos venidos de todos los confines del territorio nacional, a tratar de conseguir su viaje a los Estados Unidos, agravado esto además, por la condición económica a la que llegaron muchos al terminárseles los fondos que lograron reunir, a veces vendiendo hasta sus animales domésticos, mientras esperaban la oportunidad de conseguir el anhelado contrato, para irse a trabajar y a ganar dólares.

La Secretaría de Gobernación, por medio de la comisión creada para atender lo relacionado con el convenio celebrado entre ambos gobiernos, envió a diferentes Estados de la República, tarjetas para que fueran repartidas por autoridades locales, a los campesinos que desearan ir a trabajar a los Estados Unidos y se generó con esto una serie de arbitrariedades y actos de corrupción entre los encargados del reparto y los que las recibían, llegándose a cotizar hasta en trescientos pesos el valor de una de dichas

tarjetas.- Quienes las obtenían de inmediato se trasladaban a la Ciudad de México a comenzar su vía crucis para poder ingresar al Estadio y contratarse; peregrinaje que en algunos casos se llegó a prolongar por muchos días.

Las tarjetas eran de colores verde y rosa, que decían era con el objeto de tener mejor control de quienes ingresaban al interior del Estadio y así había días en que se anunciaba por los altavoces instalados en las afueras, que entrarían a contratarse quienes tuvieran, por decir, tarjeta verde y había que ver la agitación que se formaba a la puerta de entrada por aquellos que tenían este color en su tarjeta y que algún vivo aprovechaba para colocarse entre el tumulto, aunque tuviera tarjeta de otro color, formándose incontrolables ajeteos que por fortuna, no se supo nunca que degeneraran en tragedia.

Y así transcurría para estos hombres, cada uno de los días de cada semana, ya que solamente se alcanzaban a procesar durante la horas de trabajo, los contratos de unos trescientos solicitantes porque de todos los que lograban ingresar al Estadio, varios eran rechazados por diversas causas, al no cumplir con los requisitos exigidos que en realidad no eran demasiado estrictos, salvo lo referente a la salud, que eso sí, había que pasar por un completo examen médico y además algunas preguntas superficiales relacionadas con ciclos agrícolas y otras sin mayor importancia sobre cosas del campo, para quienes eran enviados a la cosecha y algunas otras labores en los campos agrícolas.

Los cercanos llanos de Narvarte, fueron convertidos pronto en dormitorios al aire libre y cocinas con improvisados fogones en los que se cocinaban toda clase de alimentos y para algunos que habían dado fin a sus recursos económicos, aprovechaban la abundancia de quelites y verdolagas que para su fortuna abundaban en el lugar ya que era el único alimento del que podían disponer. De lo que no quedó ninguna duda es de que al paso de unas cuantas semanas, Narvarte se convirtió en la más grande letrina al aire libre que jamás se haya visto.

Dejando por ahora la situación de angustia y desesperación vivida por los que no lograban ingresar a las oficinas y dar término a su ilusión de obtener un contrato de trabajo, vamos a incursionar en el ambiente de los favorecidos por su buena estrella que sí lo lograron, para inmediatamente después de entrar, formar una fila para ir pasando a las diversas mesas, en las que después de anotar los datos generales del interesado, responder algunas preguntas y ratificar su buena disposición de colaborar en las tareas

agrícolas del país vecino y por último, el completo examen médico y la firma del anhelado contrato, entregándole una valiosa identificación para que volviera a entrar al Estadio después de que fuera a arreglar lo que tuviera pendiente y estar listo para salir hacia el norte.

Antes de partir hacia la estación del ferrocarril, que era el medio de transportación de los braceros hacia el norte, se reunía al grupo, formado por lo general, por alrededor de cuatrocientos trabajadores, colocados en el graderío del Estadio para que escucharan las últimas instrucciones en boca de un funcionario del gobierno estadounidense, pero con un magnífico folclórico español, insistiendo en la obligación de cumplir cabalmente con el tiempo por el que iban contratados, porque decían, que hubo algunos que a los quince días de estar trabajando empezaban a extrañar el calor hogareño, muy especialmente las relaciones matrimoniales, los que eran casados y así escribían a sus familiares para que enviaran una carta diciendo que la esposa se encontraba muy grave de salud y no era cierto, pero a los pocos días de estar de nuevo en su casa, entonces sí la esposa quedaba en un verdadero estado de gravedad.

Otra de las recomendaciones que señalaba en su alegre perorata era que, cuando por alguna causa el convoy se detuviera en las estaciones a lo largo del recorrido, fueran respetuosos con las mujeres, ya que podría darse el caso de que alguna de ellas fuera la madre, la esposa o hermana de sus propios compañeros de viaje, pero que ya cuando pasaran la frontera, a las güeras de aquel lado les dijeran todo lo que se les ocurriera.... allá los sometían al orden.

Con todo esta clase de recomendaciones, sin embargo sucedía que algunos trenes cuando llegaban a la frontera, algunos de los trabajadores se bajaban en las paradas que por necesidad tenía que realizar el convoy, esto era debido a los rumores que de manera especial las mujeres que acudían a las estaciones, sabedoras que algún familiar viajaba en ese tren se encargaban de difundir en el sentido de que no los llevaban a trabajar, que los iban a mandar a los frentes de la guerra y esto por la escasa o nula información de una de las cláusulas del convenio celebrado entre ambos gobiernos, en la que se especificaba, que por ningún motivo se permitiría que alguno de los trabajadores contratados, tratara de solicitar su ingreso en el ejército norteamericano.

Cuando los trabajadores contratados llegaban a la estación del ferrocarril para abordar el convoy que los trasladaría a la frontera, se encontraban con la novedad de que carros caja utilizados para el transporte de toda clase de mercancía, fueron arreglados instalando bancas a todo el largo de las paredes, para que cada quien ocupara un lugar donde sentarse sin tener ningún otra comodidad, ni siquiera para desahogar sus necesidades fisiológicas, hasta que transcurrido algún determinado tiempo el tren detenía su marcha, en lugares donde podían bajar para satisfacer esas necesidades.

En cuanto a la comida servida a lo largo del trayecto de la Capital a la frontera, era un reflejo fiel de la actitud que asume todo aquel individuo carente de escrúpulos, que por influencia, recibe la encomienda de prestar un servicio oficial para el desarrollo de cualquier actividad y cuyo servicio alimentario consistía en proporcionar a cada uno de los viajeros, un plato de peltre y una cuchara para que

formando una línea fueran pasando frente a grandes toneles llenos de comida de los cuales se iba vaciando en cada plato, un cucharón de sopa, uno de guisado y uno de frijoles y por último, recibir una media docena de tortillas y entonces, cada uno buscaba el lugar que más le acomodara para ingerir su ración. Esta operación se realizaba tres veces al día, teniendo el convoy que suspender su recorrido por el tiempo necesario para desahogar esta labor y que finalmente fue la causa de que el trayecto de la ciudad de México a la frontera de Nogales, Sonora, durara cuatro días con sus respectivas noches.

Al llegar a la frontera, el tren mexicano maniobró para quedar con la parte de atrás, conectada directamente con el convoy norteamericano pasando el total de los viajeros a ocupar carros con asientos acojinados, que muchos de los que allí nos encontrábamos jamás habíamos conocido por su comodidad y limpieza; claramente se notaba que esta actitud reflejaba de alguna manera, el agradecimiento del gobierno americano, por la gran importancia que para ellos representaba, el hecho de tener brazos suficientes para levantar sus cosechas.

Tan pronto como cada uno de los viajeros quedó instalado en su respectivo asiento, se nos repartieron cajitas de cartón conteniendo cada una: dos sandwiches de jamón y queso, una pequeña botella de refresco y una manzana, y unas dos horas más tarde, después del mediodía, se nos avisó que en fila de uno en uno, pasáramos a tomar asiento al carro comedor y con sorpresa vimos largas mesas cubiertas con blancos manteles y un equipo de personas de color uniformados con chaquetines blancos, que ceremoniosamente y cuando ocupamos nuestros asientos,